Nuevo ropaje para el islamismo

JEAN DANIEL

La modernidad consiste en separar la fe del poder, y el Estado de la religión

Todos aquellos que han querido creer que la revolución tunecina se liberaría de imperativos religiosos se han equivocado. Pero todos aquellos que han necesitado creer que los islamistas tunecinos no podían "modernizarse" también se han equivocado. Queda por saber si la modernización se asemeja enteramente a la democracia.

El caso es que en Túnez nos encontramos ante una contrarrevolución. No se trata de una revancha de los predecesores, por lo tanto no es una restauración. Es el frenazo dado legalmente por el propio pueblo a la revolución que una parte de su juventud se había inventado y que resplandecía como una *primavera* en el mundo árabe.

Se pensaba que en el universo árabe-musulmán la revuelta tunecina había introducido la primacía de la libertad sobre la identidad, y la de los principios universales sobre la tradición étnico-religiosa. No hay nada de ello. Sin duda la mayoría acepta una reformulación modernista del islam que implica el respeto al estatus de la mujer y a algunos otros atributos democráticos. Pero la fidelidad al islam, por el contrario, se ha reforzado, subrayado y celebrado. El lirismo de los teóricos franco-tunecinos superó con demasiada rapidez al sentimiento profundo de las gentes.

Los tunecinos nos recuerdan que incluso una revuelta victoriosa contra el tirano puede muy bien acomodarse a la fe religiosa y hasta apoyarse en ella. También hay que contar con todos aquellos a quienes había inquietado el carácter intempestivo de la emergencia revolucionaria.

En Egipto, los Hermanos Musulmanes se han felicitado de que sus hermanos tunecinos hayan contribuido al avance de su propia causa. Los libios han confirmado, sucesivamente, el carácter teocrático de su futuro Gobierno y el hecho de querer presentarse como musulmanes "moderados", sin que se pueda todavía saber a qué se refiere esa moderación, sobre todo después del asesinato de Gadafi. Finalmente, en Argelia y en Marruecos, donde estábamos cansados de ver celebrar en todo momento el "modelo" tunecino, la mala conciencia ha desaparecido y los hombres del poder se han sentido confortados. En resumen, el temor a una democracia de tipo occidental, que permitiera una independencia total con respecto a la religión, se ha disipado. La mística de la fidelidad a las tradiciones ha prevalecido sobre el romanticismo del triunfo de la libertad.

Queda por saber en qué consiste realmente esa modernización tunecina del islamismo que Rachid Ganuchi nos anuncia y que ha comenzado a poner en práctica con la formación de un Gobierno de unión nacional. Si es sincero, podría decirse que Rachid Ganuchi ha vuelto a nacer.

Discípulo en otro tiempo de Nasser, Ganuchi nunca disimu-

PASA A LA **PÁGINA SIGUIENTE**

Por una Universidad atrevida

PABLO SALVADOR CODERCH

Queremos universidades más internacionales y más arraigadas en su entorno

España, siempre ensimismada: ninguno de los rectores de sus 76 universidades es extranjero y no muchos de entre sus 10.000 catedráticos numerarios cuentan con más de un año de experiencia investigadora posdoctoral en otro país.

Pero tenemos una oportunidad clara de mejorar mucho y sin coste adicional. Así, en los próximos 10 años, la tercera parte de los catedráticos nos jubilaremos y si mañana nos conjuramos todos para que nuestros sucesores sean designados solo o mayoritariamente entre doctores con seria experiencia fuera de España, en media generación le habremos dado la vuelta a nuestra Universidad. Muchos de los mejores doctores están allende nuestras fronteras, esperando la oportunidad de darlo todo para volver a este país. No les hagamos esperar más. Atrevámonos de una vez a cambiar las cosas.

Tomo esta propuesta de un informe que nuestras autoridades ministeriales han encargado a un comité de expertos presidido por Rolf Tarrach, catedrático de Física y rector de la Universidad de Luxemburgo *(Daring to reach high: strong universities for tomorrow's Spain,* disponible en la Red). Sus propuestas son de puro sentido común, nada o poco costosas para el contribuyente, pero, eso también, políticamente complejas. Por ello, el comité insiste en que un consenso bipartidario sería crucial, un pacto entre los partidos políticos, así como entre la Administración central y las comunidades autónomas.

Como temo que me acusen de cosmopolitismo burgués, adelantaré que las reformas propuestas por el informe han sido ya probadas en otras culturas muy próximas a la nuestra. Por ejemplo, la Universidad de Coimbra sacó recientemente a concurso internacional su plaza vacante de rector. ¡Qué envidia!

Otra propuesta a coste cero por cuya adopción algunos venimos clamando desde hace muchos años es la eliminación de la endogamia académica, un eufemismo de corrupción universitaria premeditada y aleve: las universidades deberían de evitar convocar plazas a concurso de acceso en favor de sus propios doctores, al menos durante los cinco años siguientes a la lectura de sus respectivas tesis doctorales. Recientemente, detalla el informe, lo han pedido hasta los franceses.

Por antigüedad antes que por cualquier otra cosa, llevo años formando parte de paneles de evaluación centrales constituidos para acreditar profesores, para concederles subsidios o para reconocerles méritos varios. Mas la verdad, siempre descarnada, es que las más de las veces me siento como un veterano comisario de policía de Moscú llamado a evaluar las ejecutorias profesionales de los subinspectores e inspectores de Vladivostok, Kursk u Odesa. Fuera de mi especialidad, los costes de la evaluación superan a sus beneficios y, naturalmente, la tarea fatiga y sale medio mal.

No puede haber internacionalización de la Universidad sin exigencia sistemática del conocimiento del inglés como herramienta de trabajo, una materia en la cual todavía podemos mejorar mucho y, de nuevo, sin coste.

La Universidad española es bastante equitativa, pues acoge a más población de entre 25 y 34 años de edad que el promedio de países de la OCDE, pero todavía podemos mejorar: los irlandeses, explica el informe, lo están consiguiendo con medidas tales como abrir el acceso a gente adulta de todas las edades o proponerse que, en 2020, un 20% de los nuevos estudiantes llegue a la Universidad por vías alternativas al Bachillerato.

Con la crisis, la Universidad española ha perdido recursos, pero la propuesta, acaso imparable, de aumentar las tasas académicas es polémica y podría comprometer la viabilidad del consenso bipartidario que preconizamos. En Europa, la dualidad de modelos es clara: los británicos, por ejemplo, apuestan claramente por subir las tasas, mientras que los escandinavos o los alemanes lo hacen por la gratuidad. Una sugerencia inicial puede desencallar el tema, pues, en España, el 30% de los estudiantes de primero de carrera acaban perdiéndose por el camino. Como no puede haber gratuidad sin responsabilidad, toca endurecer las reglas de permanencia en la Universidad.

Sobran órganos de gobierno. Las universidades españolas tienen consejos de gobierno, presididos por un rector, y consejos sociales, vinculados al territorio en el que están implantadas. Hay que refundir ambos órganos y dejar un único consejo integrado por una veintena de miembros. Así funcionan las mejores universidades públicas del mundo, como la californiana. Y por abajo, hay que unificar grupillos de clases, integrados por una docena escasa de estudiantes sujetos a horarios demenciales.

Por último, las reformas pueden llevarse a cabo sin regular aún más la hiperregulada Universidad española. Hay que jugar con los incentivos, ofrecer zanahorias en vez de amenazar con palos. Queremos universidades más internacionales y más arraigadas en su entorno. Atrevámonos a abrirlas.

Pablo Salvador Coderch es catedrático de Derecho Civil en la Universitat Pompeu Fabra.

FORGES